



Gracias a la bondad Divina

el Rab *shlita* se encuentra en Eretz HaKodesh y estará en Jerusalem, Ashdod y Raanana Para ahorrar esperas y molestias a quienes vengán a encontrarse con el Rab *shlita*, por favor fijar cita anticipadamente

Con la bendición de la Torá
La dirección



Hilulá del Tzadik

23 – Ribí Ben Tzión Elfas, autor de Maasé Elfas.

24 – Ribí Masoud Chitrit, el Baba Sidi.

25 – Ribí Abraham Harari Raful.

26 – Ribí Abraham Ben David, el Raabad.

27 – Ribí Abraham Yitzjak Hacohén Kahan, el Admor de Toldot Aharón.

28 – Ribí Ezrá Hamui.

29 – Ribí Israel Fridman.

PAJAD DAVID



Publicado por “Orot Jaim uMoshé”, Israel

Bajo la dirección de Morenu veRabenu HaGaón HaTzadik Rabí David Janania Pinto *shlita*
Hijo del tzadik Rabí Moshé Aharón Pinto *ztz"l* y nieto del sagrado tzadik Rabí Jaim Pinto *ztz"l*

El fundamento de la persistencia se encuentra en las luminarias de Janucá

“Y escuchó Reuvén y lo rescató (a Yosef) de sus manos (de los hermanos) y dijo: ‘No lo vamos a matar’. Y les dijo Reuvén: ‘No derramen sangre. Arrójenlo a este pozo que está en el desierto, pero no envíen mano sobre él; [Reuvén dijo esto] con el propósito de rescatarlo de sus manos y devolverlo a su padre’ (Bereshit 37:21-22).

En el Midrash, está escrito que en el versículo (Shir Hashirim 7:14): “Los dudaím (‘las mandrágoras’) exhalan su fragancia; y a nuestras puertas, hay toda clase de frutas deliciosas”, hay una conexión entre el hecho de que Reuvén protegió a Yosef y las luminarias de Janucá. “Los dudaím exhalan su fragancia” hace referencia a Reuvén, y “a nuestras puertas, hay toda clase de frutas deliciosas” se refiere a las luminarias de Janucá. Este Midrash es extraño, pues ¿cómo se puede comprender esta comparación?

Podemos explicarlo diciendo que, cuando Leá le dio los dudaím a su hermana Rajel, Reuvén comprendió que su madre Leá mostró la gran valentía que tenía. A su vez, los dudaím simbolizan la valentía que se requiere para romper el deseo que se tiene por algo, ya que Reuvén se había abstenido de comerlos y se cuidó de no transgredir la prohibición de robar (Tratado de Sanhedrín 99b). Con esta acción, Reuvén demostró ser un ejemplo de abstención para sus hermanos. Todo lo que quería Leá no era simplemente comerlos, sino que ella quería sentir el grandioso deleite imbuido en aquellos dudaím: el heroísmo de su hijo Reuvén. Y, aun así, ella le dio aquellos dudaím a su hermana Rajel.

Reuvén intercambié los lechos de Yaakov, llevando el que Yaakov tenía en la tienda de Bilhá a la tienda de su madre Leá, y Yaakov le reclamó fuertemente por ello. El reproche de Yaakov se basaba en que en dicha ocasión Reuvén no había hecho uso de su heroísmo para abstenerse, como lo había hecho con el tema de los dudaím fragantes, sino que se condujo en ese incidente dejándose llevar por su cólera. La moraleja que se aprende de aquí es que hay que ser persistentes en una buena cualidad, en todo momento y durante toda la vida.

“Los dudaím exhalan su fragancia” quiere decir que Reuvén tenía el poder de gobernar sobre sus inclinaciones naturales, como su deseo por comer algo y demás deseos materiales. La frase “y a nuestras puertas, hay toda clase de frutas deliciosas” se refiere a las luminarias de Janucá, que, a su vez, representan todas las mitzvot que se encuentran al alcance de la mano de cada judío, que son las mitzvot que cada judío puede cumplir de forma constante, como dijeron nuestros Sabios, de bendita memoria (Tratado de Macot 23b): “Hakadosh Baruj Hu quiso darle mérito a Israel; por lo tanto, les aumentó la Torá y las mitzvot”. Entonces, debemos estar constantemente conectados a las mitzvot y a las buenas cualidades. “Los dudaím exhalan su fragancia” insinúa que cuando el hombre sabe sobreponerse a la inclinación al Mal en favor del cumplimiento de las mitzvot, tiene que saber que “y a nuestras puertas, hay toda clase de frutas deliciosas”, que está rodeado de un sinfín de mitzvot, y que tiene que ser persistente en su realización.

Así son las luminarias de Janucá; una luminaria más, otra mitzvá más, hasta que se llega a la completitud de la mitzvá. Este mensaje que aprendió Reuvén del reproche de su padre

Yaakov penetró hasta lo más profundo de su personalidad, como lo vemos en el hecho de que él volvió a ser sobresaliente en su cualidad de abstención cuando salvó a Yosef. Yaakov había mostrado predilección por Yosef, y Yosef, por así decirlo, “tomó” el lugar de la primogenitura de Reuvén. A pesar de esto, Reuvén se sobrepuso a sus impulsos, y protegió y salvó a Yosef. Cuando Leá le dio a Rajel los dudaím, Reuvén no tuvo resentimiento por ello, ni tampoco le tuvo rencor a Rajel ni a su hijo Yosef. También de esta forma, él demostró su grandeza y el poder de sobreponerse a todo evento. A pesar de todo, y en contra de la naturaleza humana, Reuvén salvó a Yosef de la muerte.

Se puede explicar también, acerca del versículo “y a nuestras puertas, hay toda clase de frutas deliciosas”, que el cumplimiento a cabalidad de la mitzvá del encendido de las luminarias de Janucá se logra solo cuando se encienden con constancia, una a una, día a día, las ocho luminarias. Así tenemos establecido, según los Sabios de Bet Hilel (Tratado de Shabat 21b), que “se eleva en santidad pero no se desciende”; y la razón por la que Reuvén no llegó a completar su cualidad de abstención cabalmente fue solo por una debilidad: la falta de perseverancia.

Esta parashá se lee en Janucá; y en Janucá, tenemos la mezuzá del lado derecho de la puerta y las luminarias de Janucá del lado izquierdo. Asimismo, cada día de Janucá, leemos la parashá de las ofrendas de los príncipes cuando fue la inauguración del Mishcán en el desierto. Esto nos enseña que así como los príncipes de las tribus estuvieron unidos, desde el más grande hasta el más pequeño, así debemos prestar atención de que no haya nada que cause separación en todo el Pueblo de Israel. Y en el día de la inauguración del Mishcán, cada una de las tribus trajo su porción particular como ofrenda, y, en conjunto, con verdadera unión, elevaron todo como una ofrenda completa y unificada.

En el Zóhar Hakadosh (vol. 3, 73a) dice: “Israel, la Torá y Hakadosh Baruj Hu son un solo ente”. Las luminarias de Janucá simbolizan la Torá, y las encendemos por ocho días, como el equivalente numérico de jet (n), la primera letra de la palabra Janucá. Con las letras de la palabra shemoné (שמונה: ‘ocho’), se forman también las palabras neshamá (נשמה: ‘alma’) y hashemén (השמן: ‘el aceite’). Nuestros Sabios, de bendita memoria, dicen (Shemot Rabá 36) que la congregación de Israel se asemeja al aceite: así como el aceite, aunque se lo revuelva con agua, no se mezcla con ella y siempre sube y flota, así también es Israel; cada vez que nos pisotean para tratar de exterminarnos del mundo, nos sobreponemos y subimos por completo, sin que ni siquiera una “gota” permanezca abajo. Por ello, para llegar a la completitud en el cumplimiento de las mitzvot, debemos estar unidos, pues cada uno de Israel está conectado a su compañero y todos subimos juntos. La unión sin intereses ulteriores es la condición que asegurará la existencia del Pueblo de Israel. Y así decimos en la bendición que se reza al encender las luminarias de Janucá: “en aquellos días, en esta época”, lo que quiere insinuar que a través de las generaciones tenemos que estar en el mismo nivel en el que estaba el Pueblo de Israel en la inauguración del Mishcán. La palabra en hebreo para “inauguración” es janucá; así como en aquella inauguración del Mishcán hubo abundancia de amor entre los Hijos de Israel, así debemos hacer en nuestros días. Y así como shemoné es también neshamá, y la luminaria es la Torá, entonces, juntos “son un solo ente”.



Siguiendo sus Huellas

Chispas de fe y confianza de las notas personales de Morenu veRabenu Rabí David Jananía Pinto shlita



Divré Jajamim

No odiar y no vengarse

Un mes de elul, durante la semana de la parashat Shofetim, me encontraba en Montreal, recibiendo al público antes de una clase. Entre los concurrentes, vino a verme una persona con su esposa y sus hijos. Después de conversar un rato, entendí que esta persona tenía la intención de irse inmediatamente después de nuestra charla. Le pedí que se quedara: “No se vaya ahora. Quédese a escuchar algunas palabras de inspiración. Estamos en el mes de elul, cuando todos tratan de fortalecerse en teshuvá y buenos actos. No lo va a dañar escuchar algunas palabras de jizuk”.

Él aceptó quedarse; él y su familia entraron al salón a buscar lugar. Durante la charla, mencioné las prohibiciones de aceptar soborno, de vengarse y de guardar rencor.

Una vez terminada la clase, esta persona se me acercó sumamente emocionada, me besó la mano y me agradeció enormemente. Le pregunté la causa de su entusiasmo, y me dijo: “De todas las personas con las que el Rav se reunió antes de la charla, solamente a mí me pidió que me quedara, a pesar de que estaba con mi familia. Por lo general, el Rav no permite que haya niños en sus charlas, porque pueden molestar. Pero, esta vez, mis hijos no molestaron”.

Seguía sin entender la causa de su emoción. Él continuó diciendo: “Las palabras del Rav me llegaron de forma personal. Yo tenía la intención de vengarme de cierto Rabino por haber dictaminado algo en mi contra, pero luego de oír su clase, comprendí que yo estaba equivocado. Aceptaré la decisión de aquel Rabino, sin cuestionamientos.

“Además, volví a pensar en el dictamen de este Rabino y llegué a la conclusión de que él tiene razón. De acuerdo con la ley de la Torá, yo soy culpable y mi adversario es inocente. Le estoy sumamente agradecido por haberme abierto los ojos y haberme salvado de pensamientos inadecuados de venganza. En su mérito, Rav, me he salvado de caer en terribles pecados”.

“No me agradezca a mí” le dije. “Gracias a Dios, fui elegido como mensajero para transmitirle Su mensaje, el cual le abrió los ojos y evitó que pecara —ijas veshalom!—. Pero debe pensar muy bien: es probable que recientemente haya hecho algo que le brindó méritos para que Dios lo salvara de caer en estos pecados”.

¿Por qué las palomas llegaron al lado del Rav Steinman?

“Y se asentó Yaakov en la tierra de residencia de su padre” (Bereshit 37:1).

Antes de llegar a la tierra de residencia de su padre, Yaakov Avinu atravesó incidentes difíciles: soportó los sufrimientos que le provocaron Esav y Laván, y sufrió por el ultraje de su hija Diná y luego, por la pérdida de Yosef. Dijeron nuestros Sabios, de bendita memoria, acerca de estos hechos, en Pirké Deribí Eliézer, acerca del versículo “no tuve calma ni tranquilidad ni confort, y vino la tragedia”, que Yaakov no tuvo calma debido a Laván, ni tranquilidad debido a Esav ni confort debido al ultraje de Diná y, encima de todo esto, le vino la tragedia de Yosef.

¿Por qué Yaakov Avinu tuvo que atravesar todas esas dificultades y esos sufrimientos para poder llegar a la tranquilidad y el descanso?

En el Midrash Talpiyot, está escrito, acerca del galé razé, que todos los sufrimientos que le sobrevinieron a Yaakov Avinu fueron para que no se enorgulleciera por encima de su hermano Esav. Es sabido que para Hashem es una abominación “los que elevan su corazón”, y, por lo tanto, la Shejiná no se posa en individuos como esos. Y si la Shejiná no se posa en esa persona, no hay siatá Dishmaí (‘ayuda del Cielo’), y la persona no tiene éxito en lo que hace. Por eso, Hakadosh Baruj Hu le envió a Yaakov Avinu angustias y sufrimientos, y él no llegó a alcanzar la tranquilidad y la calma. De esta forma, Yaakov Avinu se sintió humilde y no llegó a enorgullecerse por encima de Esav. Así tuvo el mérito de que Hashem lo salvara y le permitiera residir en la tierra de su patriarca Abraham, sin temor a Esav.

Cada cual tiene que saber que toda dificultad o angustia que se le presenta en la vida viene por mano de Hashem, y no sabemos cuál es el motivo de ello. Pero es seguro que, una vez que llegan esos sufrimientos, la ganancia es que el hombre se “baja de las nubes” y se doblega, pues si la tranquilidad fuera su porción constante, podría llegar a la condición de “Hashem aborrece todo corazón altivo” —Hashem yerajem—.

Una de las grandes cualidades de Marán, Ribí Aharón Leib Steinman, zatzal, la cual heredó a toda la congregación de Israel, fue que siempre huyó de todo honor o motivo que pudiese causarle orgullo en

el corazón. Él solía decir que muchas de las angustias que les llegan a las personas son a causa de las malas cualidades del orgullo y la altivez.

Uno de los allegados del Rav Yitzjak Levinstein, zatzal, cuenta:

“En una ocasión, el Rav tuvo que ir a internarse en el hospital Maayané Hayeshuá, y cuando se enteraron de que el Rav estaba por llegar para internarse, procuraron prepararle el cuarto más cómodo de aquella sección; solo que en ese momento en ese cuarto se encontraba un judío anciano, a quien no sabían cómo decirle el motivo por el cual lo querían trasladar de cuarto.

“La jefa de enfermeras se ofreció a comunicárselo; le explicó al anciano que un Guedol Hador estaba por llegar al hospital, y que la administración quería brindarle la mayor comodidad posible; solo ese cuarto presentaba las condiciones óptimas requeridas. El anciano, al escuchar a la enfermera, se alegró mucho de poder hacer jésed con un Guedol Hador, y accedió de inmediato a desalojar el cuarto y mudarse a otro.

“Luego de unos cuantos días, cuando llegó el momento de que el Rav saliera del hospital, sus allegados le contaron que había un anciano internado en uno de los cuartos adyacentes, quien había accedido a cederle ese cuarto apartado, cómodo y callado, al Rosh Yeshivá, y le pidieron que se dirigiera donde él para bendecirlo.

“Al escuchar esto, Marán dijo de inmediato: ‘Ahora comprendo la razón por la que las palomas puras llegaban a la ventana que estaba a mi lado en el cuarto del hospital; todo el tiempo ellas se sentaban allí, lo cual me parecía muy extraño. Pero está escrito en los libros sagrados que es frecuente que las aves puras se encuentren cercanas a un lugar sagrado, y no comprendía qué santidad había en mi cuarto para que ellas llegaran. Pero ahora comprendo; en este cuarto, había permanecido un judío anciano que hizo un acto noble de ceder en favor del prójimo. Este tipo de acto atrae de inmediato la santidad al lugar, y por eso las palomas venían todo el tiempo a la ventana del cuarto’.

“A Marán no se le ocurrió decir que las palomas llegaban debido a que el Guedol Hador se encontraba en ese cuarto; él no podía comprender el motivo de la llegada de las palomas hasta que finalmente encontró la respuesta; pero nunca llegó a pensar que aquel suceso dependía de él. Esa es la cualidad de humildad perfecta, el alejamiento extremo de todo pensamiento de altivez”.

Haftará



“Co amar Hashem: ‘Al sheloshá...’ ” (Amós 2:3).

La relación con la parashá: en la Haftará, se hace una alusión a la venta de Yosef Hatzadik a Egipto, como dice el versículo: “por vender por plata al Tzadik”, tal como la venta del Tzadik, que se describe en la parashá de la semana.

SHEMIRAT HALASHON

Solamente sospechar

Toda la razón por la que los Sabios dijeron que hay que simplemente sospechar de aquella persona de la que escuchamos cierto chisme es solo para cuidarse uno mismo de ser dañado por dicha persona. Pero está terminantemente prohibido hacerle a esa persona cualquier cosa que le provoque algún daño o vergüenza, sea leve o grave, a causa de aquel chisme. Más aún, incluso está prohibido odiarla tan solo internamente, en el corazón, debido a aquel chisme; y ésta es una prohibición de la Torá.



Perlas de la parashá

Un gran fundamento en la educación de los hijos

“Se asentó Yaakov en la tierra de residencia de su padre” (Bereshit 37:1).

Sobre la base de lo que Rashí explicó, que “Yaakov quiso sentarse en medio de serenidad, le saltó la tragedia de Yosef”, aclaró el Mashguáj, Ribí Jaim Friedlander, zatzal, un fundamento muy importante en la educación de los hijos (citado en el libro Kol Ram).

No cabe duda de que Hashem quiere la serenidad de los Tzadikim, como dijeron nuestros Sabios, de bendita memoria (Tratado de Horaiot 10b): “Bienaventurados los Tzadikim quienes se merecen [la serenidad y tranquilidad]”. Pero la intención aquí recae sobre la educación y el estudio de los hijos. Yaakov Avinu pensó que no tenía que preocuparse más acerca de la educación de sus hijos, pues todos eran “elegidos de Hashem”, y que podía sentarse en medio de la serenidad y la tranquilidad... hasta que le saltó la tragedia de Yosef.

De aquí aprendemos que aun cuando los hijos ya hayan crecido y sean Tzadikim, el padre no puede desentenderse de su educación, sino que, al contrario, debe reprocharlos e instruirles cómo conducirse.

Con la fe, se puede someter a la Inclínación al Mal

“Se rehusó y dijo a la esposa de su patrón: ‘Si mi patrón no sabe nada de lo que está en la casa conmigo, y todo lo que él tiene me dio en las manos’ (Bereshit 39:8).

El autor de Ilaná Dejáyé explica, en nombre de Morenu, Harav Shelomó Jaím Perlov, zatzal, de Koydnov, Bielorrusia, que las letras de la palabra en hebreo vaimaén (וימאן: ‘se rehusó’) son las mismas de la palabra vayeamén (ויאמן: ‘y creyó con fe’). Con esto, se insinúa que por medio de la fe completa en Hashem, Yosef tuvo la fuerza para rehusarse a las incitaciones de la mujer de su patrón, y ganarle a la Inclínación al Mal.

Y agregó, además, que en la lectura de la Torá la palabra vaimaén está acentuada con la entonación ritual llamada shalshélet (cuya forma se asemeja a un zigzag vertical), que viene a indicar que Yosef se rehusó una y otra vez, muchas veces.

La prueba al consejo de la Inclínación al Mal

“¿Y cómo podré hacer esta gran maldad, y haber pecado a Dios?” (Bereshit 39:9).

El Sefat Emet expresó su extrañeza: ¿cómo supo Yosef con seguridad que ese acto era un pecado a Dios? ¿Acaso no dijeron nuestros Sabios, de bendita memoria, que la mujer de Potifar lo estaba haciendo “en Nombre del Cielo”, porque ella había visto en la astrología que ella y Yosef iban a tener hijos en común? Y obviamente ella le habrá mostrado a Yosef estas pruebas; por ello, ella “le hablaba a Yosef día a día”, es decir, ella trató cada día de convencerlo de que aquello era correcto. Siendo así, ¿de dónde supo Yosef que ese acto era inequívocamente un pecado hacia Dios?

El Sefat Emet explica que debido a las múltiples pruebas que ella le había mostrado a Yosef y a los argumentos convincentes que ella le presentaba —los cuales repetía una y otra vez, cada día—, Yosef supo que eso no era sino la incitación de la Inclínación al Mal, porque la Inclínación al Bien no es insistente como la Inclínación al Mal. Debido a que la mujer de Potifar le insistía a diario, Yosef supo que en efecto se trataba de la Inclínación al Mal, la cual no se rinde nunca.

Este fundamento está explicado en las palabras del Gaón de Vilna (Rut 1:18) en el hecho de que Naomí accedió a que Rut fuera con ella, porque “vio que ella se esforzaba en andar [con ella, con Naomí]”. Y el Gaón de Vilna explicó que Naomí quería poner a prueba la decisión de Rut de continuar con ella; quería comprobar si era algo que provenía de la Inclínación al Bien o de la Inclínación al Mal. Naomí quiso ver si al momento de que Rut comenzara a andar con ella, los miembros de su cuerpo se movilizarían con agilidad para hacer la mitzvá; si así sucedía, entonces Naomí se daría cuenta de que simplemente se trataba de la Inclínación al Mal, pues ¿cómo puede ser que el cuerpo, hecho de la tierra, se mueva con agilidad para hacer la voluntad de Hashem? Eso no es sino producto de la Inclínación al Mal, para atrapar a la persona más tarde en sus redes, con otras incitaciones y pruebas.

Por cuanto Naomí vio que, para andar con ella, a Rut le costaba moverse, y, de todas formas, se esforzaba en hacerlo, le quedó claro que no se trataba sino de la Inclínación al Bien.

Del Tesoro

Enseñanzas de Morenu veRabenu
Rabí David Jananí Pinto shlita



La anulación de Yosef ante sus hermanos

“Éstas son las descendencias de Yaakov; Yosef tenía diecisiete años y solía pacer el rebaño con sus hermanos. Él era un joven con los hijos de Bilhá y los hijos de Zilpá, las esposas de su padre. Y traía Yosef reportes malos de ellos al padre de ellos” (Bereshit 37:2).

El versículo nos dice “Éstas son las descendencias de Yaakov; Yosef” para enseñarnos que Yosef se anuló a sí mismo ante sus hermanos, así como Yaakov no se valoraba a sí mismo. Yosef Hatzadik se condujo con gran heroísmo al anularse ante sus hermanos a pesar de todo lo que le habían hecho.

La palabra Yaakov en hebreo está compuesta por la letra yod (י) y la palabra ékev (עקב: ‘talón’). El talón es un miembro escondido, en la parte inferior del cuerpo, pero lleva la gran responsabilidad de la estabilidad del cuerpo del hombre. Por otro lado, a pesar de que la letra yod es la letra más pequeña del alfabeto, siempre se escribe arriba, en la parte superior del renglón, con lo cual queda demostrada su importancia. Yaakov siempre se empequeñeció, y no se valoraba mucho; pero, de hecho, su puesto estaba reservado en las alturas. Él fue el selecto de los Patriarcas.

Y, como es sabido, “los hechos de los Patriarcas son una señal para los hijos” (Tanjuma, Lej Lejá 9). Yosef aprendió de su padre la forma en que debía conducirse. Por eso bajó la cabeza ante sus hermanos, a pesar de que fue rey sobre todo Egipto. Yosef les dijo a sus hermanos, antes de que ellos fueran de regreso a buscar a su padre y traerlo a Egipto (Bereshit 45:5): “No estén tristes”, porque la Shejiná no se posa en el hombre que está triste; la Shejiná solo se posa en medio de alegría (Tratado de Shabat 30b). “Más bien, deben salir al camino con alegría para que el espíritu profético se pose en ustedes, y así verán la verdad y se convencerán de lo que les digo. No he causado un defecto en el sagrado pacto de Abraham Avinu; mi pacto aún está intacto. Y si fuera cierto que yo hablé mal de ustedes, no tendría la santidad del pacto conmigo”.

Entonces, podemos decir que está escrito “Éstas son las descendencias de Yaakov; Yosef”, ya que en Yosef Hatzadik, se cumplieron las elevadas cualidades de Yaakov Avinu.

UN NUEVO VISTAZO ACERCA DE LA PARASHÁ



Un hombre se encuentra en peligro. Por delante, tiene un abismo; por detrás, lo persiguen asesinos. En esta circunstancia, es preferible saltar al abismo a ser atrapado por los hombres, como dijo David HaMélej: “He de caer en las manos de Hashem, porque son muchas Sus misericordias; pero que no caiga en las manos del hombre” (Shemuel II 24:14). Esto se debe a que cuando el hombre creyente se encuentra frente a un peligro natural, él se apoya únicamente en Hashem Yitbaraj, y Le clama con todas sus fuerzas que lo salve. Entonces, Hashem Yitbaraj, según Su providencia Divina, le envía la salvación requerida y le hace un milagro. Pero no es así cuando la persona se enfrenta a un hombre, pues enfoca sus esfuerzos en ese hombre en busca de la manera de vencerlo, y no eleva sus ojos únicamente a Hashem Yitbaraj. Por lo tanto, Hashem no lo supervisa completamente con Su providencia, y de esa forma, la persona podría ser vencida por el enemigo; y con más razón, si olvida por completo la realidad de que Hashem se encuentra presente en todo momento y lugar, y solo ve al enemigo enfrente de él. Por eso Hashem Yitbaraj le quita Su supervisión, y finalmente cae en las manos del enemigo.

De esta forma, los comentaristas explican el pasaje de cuando arrojaron a Yosef al pozo:

Los hermanos de Yosef habían decidido matarlo. Cuando Reuvén vio que los hermanos estaban empeñados en matar a Yosef, quiso salvarlo de sus manos. Por ello, les sugirió que debían arrojarlo al pozo vacío. Y aunque el versículo dice que el pozo estaba vacío, en verdad estaba vacío de agua, pero había serpientes y alacranes ponzoñosos...

A simple vista, hay aquí algo muy extraño. ¿Qué pensó Reuvén? ¿Qué tipo de rescate era ese? ¿De qué servía arrojarlo a un pozo lleno de víboras y alacranes venenosos? Es cierto que, si Reuvén los reprochaba y los contradecía abiertamente, ellos, de todas formas, iban a matar a Yosef. De todos modos, aun en esta circunstancia, cabría la posibilidad de que, estando Yosef en manos de sus hermanos, quizá ellos podrían llegar a apiadarse de él, a fin de cuentas.

El Gaón Ribí Shalom Arush, shlita, provee una respuesta en su libro Gan Haemuná. Reuvén sabía que Yosef Hatzadik era un

hombre de fe absoluta. Reuvén estaba seguro de que, una vez que Yosef se sintiera en peligro ante las víboras y los alacranes, de inmediato, iba a clamar a Hashem de todo corazón y, entonces, Hashem Yitbaraj indudablemente lo iba a proteger de esos animales. Esa fue la condición que estableció Hakadosh Baruj Hu con la naturaleza, que cuando el hombre clame a Hashem, la naturaleza tiene que cambiar de inmediato. Así lo cita el Likuté Hiljot Bircot Hashájár 5: “Hakadosh Baruj Hu estableció una condición con el mar: debía partirse ante [el Pueblo de] Israel. Esto quiere decir que Hashem Yitbaraj advirtió a la naturaleza y a todos los ángeles ministeriales encargados del funcionamiento del mundo que se conduzcan de acuerdo con esta naturaleza, que cuando Israel implora, la naturaleza debe cambiar de inmediato; la naturaleza debe acceder y cambiar de acuerdo con la voluntad de ellos. Así, el mar debe secarse por completo y el agua del mar debe erguirse como murallas a sus costados, y el fuego no debe tener poder de quemar, ni los leones poder para devorar”.

Por eso Reuvén se apoyó en este principio y estaba seguro de que podría salvar a Yosef, a pesar de que sabía que el pozo podía estar plagado de animales ponzoñosos. Eso es lo que escribe la Torá: “y salvarlo de las manos de ellos”; el lenguaje que utilizó fue uno de seguridad; el versículo no dijo: “y tratar de salvarlo de las manos de ellos” en lenguaje de probabilidad. Los Tzadikim conocen la fuerza de la plegaria. Ellos saben con plena seguridad que cuando la persona le clama a Hashem Yitbaraj, la naturaleza cambia de inmediato.

En contraste, Reuvén no se apoyó en que Yosef Hatzadik, con tan solo su fe, tuviera éxito en pasar una prueba en la que está involucrado un ser humano, que tiene el poder del libre albedrío. Él sabía la dificultad de resistir ante una prueba como esa, y temió que, en esas circunstancias, Yosef se confundiera, y fuera a dirigirse a suplicar a sus hermanos con ruegos en busca de tratar de apaciguarlos y convencerlos de que no lo mataran, diciendo argumentos como: “¡Yo soy vuestro hermano!” o “¡Tengan piedad de nuestro padre!”, o argumentos similares. Y, en efecto, así sucedió al principio, en que Yosef les había suplicado a sus hermanos con lágrimas, como los hermanos mismos confesaron, cuando estuvieron en el calabozo en Egipto y Yosef los escuchó decir (Bereshit 42:21): “Ciertamente, somos culpables por nuestro hermano, a quien vimos en angustia suplicarnos y no le atendimos”. Siendo así, ya que Yosef no se iba a apoyar únicamente en Hashem, entonces, la supervisión de Hashem sobre él no iba a ser completa, y

los hermanos podrían llegar a matarlo sin impedimento alguno.

Está claro que cuando Yosef fue arrojado al pozo, él no se dirigió a las serpientes ni a los alacranes para suplicarles que se apiadaran de él, sino que clamó a Hashem con todo el corazón, y por eso Hashem lo salvó.

Sabe delante de Quién estás de pie

De todo lo anterior resulta que el hombre que es angustiado o afligido por un ser humano —que tiene libre albedrío—, tiene que decidir inequívocamente delante de quién está de pie, como dicen: “Sabe delante de Quién estás de pie”. Si la persona decide que está de pie con fe total delante de Hashem Yitbaraj, y no delante de una persona de carne y sangre —como su esposa, o sus hijos o un policía, etc.—, entonces no va a suplicarle y no hará ningún esfuerzo para influenciar a esa persona que tiene libre albedrío para que lo deje libre o le agracie. Con más razón, no deberá enojarse, ni insultar ni maldecir a esa persona. Más bien, se dirigirá a Aquel que lo supervisa en todo momento, Quien le puso esa prueba que está atravesando en ese momento, y que es el Único que puede ayudarlo: ¡el Creador!

Aun cuando la persona sufre debido a errores que cometió, tropiezos y similares, lo cual depende —aparentemente— de su propio libre albedrío, tiene que saber que ciertamente antes de cometer ese error, tenía el albedrío de no cometerlo. Ahora que ya lo cometió, tiene que confiar con plena fe que el Creador le envió un mensaje a través de ello. Por eso uno no tiene por qué echarse la culpa ni ser duro consigo mismo diciendo que no es sabio.

El motivo es simple: indudablemente, un hombre creyente sabe que cuando toma una decisión exitosa, es solo porque del Cielo lo ayudaron. Esto es algo que toda persona creyente tiene que reconocer. Y no debe decir “Yo tuve éxito”, lo cual demuestra arrogancia. Por ello, todos dicen siempre “Besiatá Dishmaí” (‘Con ayuda del Cielo’) o “Beezrat Hashem” (‘Con ayuda de Hashem’) o “Bejasdé Hashem” (‘Por bondad de Hashem’) o “Hashem azar li” (‘Hashem me ayudó’), etc. Siendo así, la persona creyente tiene que reconocer que también la toma de la decisión errada —que tuvo el libre albedrío de tomar— fue únicamente proveniente del Cielo, pues del Cielo no le enviaron la ayuda que pidió; y tiene que aceptar el fracaso con total fe y con amor, y aprender de ello.

La regla que resulta de todo esto es que el hombre debe tener fe absoluta de que toda angustia por la que pasa, sin excepción alguna, es porque así Hashem lo quiere!